



AL VUELO

ARTÍCULOS Y POESIAS

LIBRO POSTUMO DEL POETA

Francisco Aquino Cabrera



INTERMEDIO DE

PROLOGO DE

David Estevan

Salvador Rueda

EPILOGO DE

Josè Jesús García



ALMERÍA

1912.

AL VUELO

F. AQUINO CABRERA

AL VUELO

Artículos y Poesías

(OBRA PÓSTUMA)

Prólogo de DAVID ESTEVAN

Intermedio de SALVADOR RUEDA

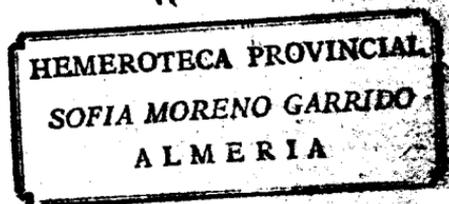
Epilogo de JOSÉ JESÚS GARCÍA

MADRID

LIBRERIA DE FERNANDO FÉ

1912

R. 212



Es propiedad de los herederos del autor.

Tip. de La Estrella. Almería.

PROLOGO

PROLOGO

Hace ya algun tiempo, por el Otoño de 1.908, Ramos Oller me invitó á asistir á un banquete, que en honor de Paco Aquino se organizaba: se festejaría, por este medio tan europeo, especialmente tan español, un triunfo literario que el poeta acababa de obtener en un certamen convocado en Zaragoza. Yo me apresuré á aceptar la invitación; y como mi admiración al poeta y mi cariño al hombre, me impulsaban á ser actor principal en el homenaje, escribí unos versos que recité á la hora de los brindis, anunciando que no volveria á tributar elogios al poeta sino cuando saliera á luz la gran obra que estaba llamado á realizar: un hijo de su carne, que continuara, quizas enalteciendo las glorias literarias de su padre y reprodujera en la vida, la gallarda estampa del progenitor.

En las horas felices de aquella noche otoñal tibia y serena, en que próximos á la mar, siempre evocadora de dulces ensueños y de poéticas inspiraciones, festejamos con entusiasmo fraternal, el último triunfo del amado poeta, no hubiera yo sospechado, que no me reservaba la fatalidad, con relación al festejado artista, otras ocasiones para mover mi pluma en honor suyo, que la de escribir unos meses despues, su elogio fúnebre, y ahora este prólogo á un libro de poesias, que se publica después de su muerte.

El hijo de la carne no llegó á nacer: el hijo del espíritu viene ahora á la vida cuando ya la del padre glorioso se ha extinguido en la eternidad. Yo que soñaba con las dulces alegrías de un bautizo, he venido en suma, á intervenir en unos funerales.

Débase la publicación de este libro, obra póstuma del poeta, á la noble iniciativa de un escritor ilustre y á la galana esplendidez de una Corporación generosa. Pepe Jesús García, amigo y padrino del muerto amadísimo, inició la empresa ante el Ayuntamiento de la ciudad, y esta Corporación que ha puesto tan alto su crédito económico, como su cultura, acogió unánime con el mayor entusiasmo, aquella feliz iniciativa.

Tal vez no sea yo el mas autorizado para agradecer y aplaudir el proyecto generoso: faltanme autoridad para expresar la gratitud é independencia para tributar el aplauso; pero el acuerdo del Ayuntamiento que

ahora se cumple, lleva en sí mismo, sin ercómios míos, toda la virtualidad consoladora del móvil generoso que le inspiró. Menos mal que en esta tierra de España, en que escritores y poetas no dejan tras de sí mas patrimonio que el de su producción artística, todavía pueden algunos gozar de la ventura de haber nacido en pueblos capaces de comprender y admirar su obra y transmitirla por la letra de imprenta, á las nuevas generaciones.

He aquí, pues, el último libro de un poeta almeriense: escrito en días felices, en horas de ventura, de amor y de confianza, nace á la vida de la calle enlutado con los crespones de la orfandad. Ese ha sido su destino. El lector habrá, pues, de mirarle con la dulce simpatía que la desgracia inspira á las almas generosas y perdonarle algun ligero defecto que pueda apreciar en las poéticas vestiduras que le adornan; toda orfandad implica desamparo y todo desamparo conduce al desaliño. Hubiera el padre acudido á los pequeños menesteres de la corrección postrera, y el hijo presentárase con toda la graciosa y atildada galanura de los que viven alegres, limpios, impecables bajo el amparo solícito de la patria potestad.

Por otra parte, no hemos querido los amigos del poeta, meternos á padrastrós, arregladores de una obra que no nos pertenece; y en la que por mucha que hubiera sido nuestra fortuna, tal vez habría resultado

modificadora del pensamiento del poeta, y perturbadora de su galana espontaneidad que si antes y siempre debió ser respetable, hoy se impone como veneranda é intangible para nosotros.

Aquino escribió estas poesías en las plácidas horas del descanso, tras de su diaria jornada prosaica y vulgarísima. Como muchos artistas, nuestro poeta hubo de resignarse á convertir su grande amor en desden supremo, ó cuando menos á relegar á un término secundario su devoción artística, que era el mas bello ideal de su espíritu. La tiranía del pan nuestro cotidiano, encadenó su voluntad á una labor burocrática que algunas gentes mediocres consideran cómo la y hasta envidiable, sin duda por que no saben que en ella han consumido muchos hombres de mérito, actividades y talentos de la mas alta estirpe, dejando entre las zarzas del camino tesoros de paciencia y girones de dignidad.

Sin embargo, Aquino pudo atender fácilmente á todos esos menesteres. Recio de espíritu como de cuerpo, bien templado de voluntad, despierto el ingenio, obediente la idea, feliz la memoria, perspicaz la atención, poderosa la facultad asimiladora, fluida la palabra y rapidísima la pluma, jamás sintió desmayos ante la diaria jornada; y seguro de sí mismo pudo, quiso y supo, terminarla gentil y sonriente, y sin fatigas ni vacilaciones, y aún reservar algunas horas para rendir culto al Arte, excelsa devoción de su espíritu.

Con el amor al Arte convivieron en el alma generosa del poeta otros amores, de los que se advierten frecuentes atisbos en sus poesías; el culto á su madre, que constituyó en él una exquisita y apasionada veneración: la reverencia á un noble anciano, pariente suyo, que substituyó en el amparo y en la sollicitud al padre del poeta, muerto cuando este no había pasado de los primeros años de la vida; y después el amor á su mujer, dama muy gentil y bella, á la que consagró por entero todos los entusiasmos románticos de su caracter apasionado y vehemente en los últimos años. Este amor del poeta, constituyó antes y después del matrimonio un idilio encantador, en el que puso Aquino todas las ternuras de su noble caracter y todas las delicadezas de su espíritu de artista.

Como todos los hombres honrados, Paco Aquino amaba, además, tiernamente á los niños y á los humildes. Privado de hijos propios, consagró á los ajenos caricias y sollicitudes, mimos y regalos, toda la varia y especial dulzura que la paternidad agota con estos encantadores chiquillos, que consueñan la paciencia y endulzan la vida. Así también á los humildes: los miraba con aquel espíritu de generosa protección que han menester los desheredados. Alguno, próximo á él por razón de servidumbre, mereció, al morir, que el poeta escribiera delicado y exquisito epitafio, que el lector encontrará, entre las poesías que componen este volumen.

Tal fué el hombre.

El poeta cultivó como único género, la lírica, la poesía subjetiva, más adecuada por su tono y por su asunto á la nativa bondad del artista y á la característica delicadeza de sus sentimientos. Romántico en la vida, lo era, con doble motivo, en el Arte. No recuerdo ahora quien comparó su personalidad artística con la de Cyrano de Bergerac: quien fuera, anduvo acertado en el juicio. Aquino era, en efecto, eterno soñador, que aspiraba á un ideal alfísimo, que no creía merecer ni alcanzar. Pero no era pesimista ni misántropo: sinó un idealista á quien la realidad no convence, pero tampoco abruma ni desespera.

En la técnica de su obra poética, fué Aquino más aficionado y cuidadoso del ritmo que de la rima; y así sus versos encantan principalmente por la cadencia, por la sonoridad musical, espléndida y majestuosa. Podrá alguien advertir, á veces, esos ligeros descuidos que son inevitables en toda obra humana y por consiguiente en toda obra artística; pero la observación habrá de recaer sobre el asunto ó sobre la rima, sobre la propiedad del consonante, sobre la espontaneidad de la frase empleada para producir la asonancia de la composición. En el ritmo no encontrará nadie defecto ni descuido; la sonoridad es siempre admirable, encantadora, y la cadencia parece regida por las reglas de la música.

De aquí nació sin duda la gran afición de Aquino á un género de poesía que solo un poeta armonioso y musical puede cultivar sin peligro de la monotonia: el romance. Los de nuestro poeta son siempre rotundos, vibrantes, sonoros, hermosísimos. A veces empleaba en esta composición caprichosas combinaciones de versos desiguales, especialmente de endecasílabos y octosílabos; y aun así fluyen galanos y elocuentes, con la espléndida armonía de un poemamusical.

No quiere esto decir que Aquino desafiara otro género de composiciones y de estrofas, ni que en estos cultivos resultara defectuoso ni desaliñado. Hay que ponerle en su haber artístico muchas quintillas hermosas, vibrantes, de soberana belleza, y muchos sonetos, que no se desafiaron en firmar poetas consagrados por la fama.

Pero poeta lírico, esencialmente lírico y subjetivo, y gran dominador del ritmo, es para mí ante todo y sobre todo, un admirable romancero.

Mi propósito de no citar ejemplos, de no copiar frases ni períodos de sus composiciones, me priva de un medio efficacísimo para probar las manifestaciones que preceden. En suma, podrán ser ellas erróneas, pero eso es mi juicio leal, sinceramente expresado.

No quiero detener por más tiempo al lector, en este ámbulo prosaico y vulgarísimo, que por indicaciones amistosas ineludibles,

he tenido que poner antes del libro el gran poeta almeriense, muerto ya para nuestra pobre literatura local. Sacúdase el que leyere, el polvo que las sandalias hayan recogido en este vestíbulo que un escritor mediocre ha edificado, delante del palacio afligranado de la prensa de Aquino, y entre gentil y satisfecho en las regaladas y aromáticas estancias, que el poeta le dejó alhajadas para solaz y admiración de su espíritu.

Yo me voy: no quiero ser enfadoso para el visitante, tal vez amigo, deudo, antiguo apasionado del poeta, á quien amé tanto en vida. En la puerta de ingreso á ese dorado alcazar del arte poético, yo digo al curioso admirador, en señal de despedida: he aquí la obra soberana y bellísima de un gran artista, que ya rindió el cuerpo á la muerte y el espíritu á la eternidad: de este espíritu reverberan ahí dentro los más galanos fulgores; míralos y admíralos; y si por acaso en algún momento te deslumbraran, no sientas por ello aturdimiento ni desmayo; que así son los grandes artistas, refulgentes y deslumbradores, aunque parezcan no más que tier-
nes, graciosos y románticos.

David Estevan.

Almería miércoles 14 de Julio de 1911.

PROSA

LA URBE

En el suave declive de una ladera, que antes de llegar a la playa se convierte en dilatado plano, se asienta la ya populosa Ciudad de casas blancas y menudas y de calles estrechas y torcidas como serpientes, por donde anda suelta la poesía.

Rotos ó grietendos muros crizados de aspilleras y decapitados torreones vacilantes, documentos vivos de otros tiempos y otras gentes, enterrados en la gran fosa del pasado por el polvo y la roña de los siglos, coronan como signos de pretérita realeza, la curvatura de la urbe.

El mar latino de aguas azules y planchadas, acaricia y besa con mimosos halagos de enamorado, las niveas plantas de la ciu-

dad rierte y si a las veces, celoso ó descontentadizo embiste contra los acantilados de la roca ó golpea furioso los estribos y contrafuertes de los majestuosos montes urcitanos tanteandolos con arremetidas de gigante pronto recobra su natural serénidad, y dolido de su rudeza, viste la atormentada playa con los finos encajes de su espuma y llora sobre las peñas de la costa lágrimas salobres de verdadera contrición, que la luz del sol poniente torna, de súbito, en deslumbrantes gotas diamantinas.

Por entre las torres de los templos y los africanos minaretes de las azoteas meridionales, vense, de trecho en trecho, compactos moños de verdura, denunciadores de los paseos y plazas de la urbe, como otros tantos oasis refrescantes en medio del paisaje calcinado.

En las quebradas de las colinas y en las faldas de los montículos en que se asientan los viejos torreones rectangulares y por donde corren las terrosas murallas hundidas, descoyuntadas y deshechas, alza el nopal sus carnosas y punzantes palas, que nimba con áureas tonalidades la flor de oro de su fruto.

En las terrazas de los ramblizos y en los repechos de las hondonadas extienden los atirantados parrales sus tallos espartosos cuajados de rizados caireles y de pámpanos verdinegros, como paliós protectores de las nidad:s bulliciosas y del misterioso germi-

nar de estambres y semillas en el seno de la fecunda tierra.

En los aleros de los terrados y en los barandales del balconaje de los edificios fronterizos á la bahía, macetas cuajadas de geraneos y de claveles y tiestos repletos de albahaca, aroman el ambiente, un tanto enrarecido por el polvo de oro de la tarde; y por las cercas encaladas de los huertos dejan caer los plátanos exóticos la airosa vanda de su fronda.

En el pórtico de la Ciudad una cuádruple fila de palmeras dá á los aires sus ramas triunfadoras; en tanto que hacia Oriente se extiende más y más la gran planicie de la vega, de un verde rabioso y lujuriente tocada aquí y allá de los mil puntos blancos de los enjabelgados caserios.

Entre la zona europeizada de la Ciudad donde existen los pulcros boulevares y la ubérrima vega dilatada, muestra una honda rambla su lecho seco y descarnado. El sediento y encauzado brazo, desnudo de sombraje, es una nota desoladora en el soberbio lienzo de la urbe.

La parte occidental de la Ciudad nos brínda un panorama eminentemente africano. Las Cuevas y las casucas de tosca y modestísima traza trepan, vertientes arriba, por los recuestos de la Solana. Huertas de mísero cultivo que alimentan norias de árabes artes y que recuerdan las polres vegas de algunos aduaes rifeños, decoran las menguadas mar-

genes de los ramblizos. Unas cuantas higueras señalan las lindes de las humildes heredad s; y de cuando en cuando una palmera centenaria abre, como en mitad del cielo azul, la verde cimera de sus ramas

En la entraña de la ciudad por cima de las azoteas de corte tunecino y de las fiondas de las arboledas, se destaca la Catedral, de tosca y pesadísima fábrica y aspecto de formidable fortaleza. La inmensa mole proyecta densa sombra sobre el apiñado y albo caserío

Declive abajo, en un plan inferior y frente al mar, se divisa la mancha gris de los Asilos, el albergue de toda pena, un amplio y vetusto caserón que, como un angustioso quejido petrificado, se alza á la vera del palmeral de la avenida.

Unas cuantas chimeneas de airoso porte diseminadas por el contorno de la Ciudad, como signo de la vida fabril de todo un pueblo, sueltan al aire la negra crencha de su humo. Son algo así como inmensos pebeteros encendidos en la orgiástica fiesta del trabajo.

Al filo de la arenosa playa, entre la rambla polvorienta y el prado de esmeralda de la vega, ancla un pesado muelle de hierro los corvos y puntiagudos garfios de su base. Sobre los acerados rieles de la plataforma de la techumbre, una máquina de vapor arrastra perezosamente un convoy. La máquina silba con estrépito; densa humareda se escapa de sus entrañas abrasadas y por los cla-

ros del maderamen y por la urdimbre del enrejado del armatoste, llueven detritus y granos de minerales, que manchan el azul purísimo del mar, con tonos azafrañados y terrosos. A las veces, cuando el silbato de la locomotora se torna en un ahullido desesperante y el convoy entero patina trabajosamente, haciendo crujir todos los soportes del calado muelle, semeja este, inmenso jaulon, en el que se despereza amedrentadora una fiera.

Encuadran el lienzo de la urbe, de un lado, las estribaciones de Sierra de Gador y los calzos montes virgitanos, en uco de cuyos estribos, hirsutos y rocosos se alza el Castillo de San Telmo, inofensivo y débil; pero vigía escrutador de toda la líquida llanura. De otro, la generosa Sierra Alhamilla, con sus afloramientos de hierro magnético, sus manantiales salúferos y su gran riqueza forestal. Y de otro, allá entre las brumas de la lejanía, las volcánicas derivaciones de la cordillera penibética que corre, millas y millas, mar adentro, para formar el Cabo de Gata y alentar á los navegantes con la promesa de su faro.

De ambos extremos del poblado arrancan dos colosales brazos de piedra que estrechan amantes el dulce remanso de la bahía.

Un cielo esplendente, de un azul purísimo é intenso, lo cobija todo...

Tal es, vista desde el Morro de levante

en una caliginosa tarde del Estio, la riente
ciudad de casas blancas y menudas y calles
estrechas y corcoladas, por donde anda su li-
ta la poesía.

Tristitia rerum

Con los ojos repletos de lágrimas, pensando el corazón y conturbado el ánimo, solo con mi pena y llevando á la espalda todo el gran fardo de mis recuerdos, he seguido un una mañana de primavera tibia y luminosa, el furgon de la Beneficencia pública que conduce al Cementerio al cadáver de la fiel servidora, que despues de ser apoyo en la niñez, confidente en los bellos y ya esfumados dias de la juventud tormentosa y uno de los mas grandes afectos de mi vida, tuvo fin en una desmantelada sala de la Casa de Misericordia, allá en el pórtico de la Ciudad, donde una cuádruple fila de palmeras dá á los aires sus ramas triunfadoras.

Una parálisis senil sin remedio huma-

no, la recluyó forzosamente en el Asilo y allí murió, sola y resignada, lejos de los suyos sin otra sensación consoladora que la de que rozara su frente de vez en cuando, la blanca toca de una hija de la Caridad.

Yo no he podido verla en el inmundo vertedero que á guisa de depósito de Cadáveres existe en el Asilo. La Caridad oficial, menguada de suyo, no consiente luces ni ninguna clase de pompas para esos humanos andrajos verdaderos detritus del último de los estados sociales.

Bien es cierto que una caja que no es la de «las ánimas» y unas cuantas velas encendidas en el altar de su virgen predilecta, testimoniaron que no estaba huérfana de afecto la incombustible muerta del Hospicio.

Decía, que he seguido paso á paso el furgón de la Beneficencia pública que lleva al pudridero á uno de los más grandes quereres de mi vida y digo mal. He acompañado á dos cadáveres por que en el furgón de la Beneficencia fué depositado otro féretro al par de aquel que contenía el desmembrado cuerpo de mi muerta.

Yo te confieso, lector amigo, que sentí en los primeros momentos un gran odio ante aquel otro «pingajo» del Asilo.



Nidos y aves

Es indudable.

O los ruiseñores fueron creados para Granada ó Granada se hizo para los ruiseñores.

No de otra suerte puede explicarse que aves y nido ó nido y aves se complementen tan por entero.

Tengo para mí que todos los ruiseñores que cantan en el mundo, van de paso para Granada.

Como en Granada, no crece árbol frondoso, ni se enmaraña trozo de bosque, ni se forma misteriosa oscuridad en los gotosos muros de las empalizadas, que visten con toda la gama de las verdes cien lujuriantes trepadoras, que no venga á ser en el Abril menos

pensado, refugio y nido de las parleras ave-cillas.

Granada sin ruiseñores, sería un país siempre bello, siempre encantador y sugestivo, pero mudo; algo así como preciadísima arpa de oro y nacar sin atirantado y armónico cordaje.

Por lo que toca á España, los ruiseñores, sin Granada, se posarían un punto en las verdinegras huertas murcianas, en los floridos jardines de Valencia, en las olorosas márgenes del riente Guadalquivir ó en los fértiles y húmosos ribazos cántabros; pero á la postre, ¡triste es pensarlo!, emigrarían para siempre.

Los poéticos bosques de la Alhambra, que forman esa inmensa y maravillosa Basílica de tres naves y miles y miles de airosas y atrevidas columnas, alzada por la Madre Naturaleza para reverenciar al Soberano Autor de tanto prodigio, sería sin las dulces endechas de los arpados pajarillos, un templo frío sin preces, notas ni cantares.

El gran poema sinfónico, que entona Granada cada un día, en alabanza del Dios de las Alturas, integrado por el célico rumor de las frondosas arboledas, los murmullos vagos de los hierbarales, los alegres decires de los arroyuelos y de las fuentes, al deslizarse entre macizos de verdura, el grato son de los surtidores al caer desechos en invisibles hilos de perlas sobre los mármóreos estanques, el regocijado cruzar de auras y de céfiros por

las sutiles labores de encaje de los agimeces de filigrana y de los arcos de mágico diseño y de las techumbres de cúpulas estalactíticas; esa gran pieza musical, quedaría rota, desarticulada é inarmónica sin el deleitable canto de esos trovadores de la espesura.

Los ruiseñores, ocultos en los misteriosos senos de los bosques de la Alhambra, fabrican sus nidos, en lo mas intrincado de las frondas, cerca del agua cristalina que es el amor de sus amores y lejos del Sol, del Sol abrasador de Andalucía, que es uno de los azotes de la especie.

Y por vivir dichosos los ruiseñores en ese encantado rincón, por el que aun suspiran los infelices hijos del profeta, plugo al cielo que puedan fabricar sus nidos, en vez de con barro de la tierra y espartosos filamentos de los senderos como las demas aves mortales, con primorosos estambres y pistilos de flores y de plantas nunca holladas y con lamizillas de oro nativo de las que arrastra el Darro en su corriente.



LA LLUVIA

¡Llovió!

La madre tierra, sedienta y dolorida ha recibido como una bendición de Dios esta fecundante y anhelada lluvia de tres días.

La tierra andaluza, de cuyas entrañas generosas se han escapado durante tantos meses hondos quejidos de mortal angustia, acogió con amorosas ansias el beso refrescante de la lluvia, y pródiga de suyo y agradecida como nadie, paga á los Cielos el beneficio que recibe, vistiéndose en Otoño con todas las galas y con todos los esplendores de una primavera que rompe.

Se han desperizado los tallos de las parras, de cuyos racimos ambarinos penden aún irisadas gotas diamantinas; abrieron sus

arcos triunfales las palmeras; negrean, de puro verdes, las frondosas higueras del ribazo; baroizó el agua las regulares y lustrosas hojas del magnolio; una fina labor de pulimento abrigó el ropaje de los naranjos y limoneros en los cercados y de los tardíos maizales en las vegas, y el campo todo se ha vestido, súbitamente, un primoroso traje de esmeralda.

En las macetas de los aleros y en los tiestos de los barandales irguió el nardo, pebeteros de afrodisiacas esencias, la esbelta vara de su tallo; esponjose la albahaca, la más modesta y peregrina de todas las matas andaluzas, abrió el jazminero las mil estrellas de sus flores albas y purísimas, y los geránios multicolores, y las petunías delicadas y las enredaderas trepadoras, pusieronse á tributo para formar una deslumbrante orgía de matices.

Solo los altos castaños de la Avenida han llorado unas cuantas hojas, ya marchitas, á las primeras caricias de los vientos otoñales.

La Ciudad, tostada y sedienta, también ha recibido la lluvia como un precioso don de las alturas

La ya populosa urbe de casas menudas, mar planchado y cielo esplendoroso, tuvo que fiar siempre al Dios grande el remedio de sus desdichas.

El agua abundante que venga á nutrir sus veneros siempre agotados; el vendabal

impetuoso y fiero que arrastre lejos todas las impurezas de un ambiente mortífero, por olvido de los más elementales principios de la higiene; la avenida devastadora, que entrando á saco por ciudades y por aldeas, restituya á cada uno lo que le usurpara la coquicia; al río, su cauce; á la rambla su natural terrera; al descoyuntado barranquizo su prehistórica cuadratura; á la misma calle urbana y europea, la línea recta que la propia estética le señalara...



Puesta de Sol

El sol como un inmenso disco incendiado se zambulle majestuosamente en el mar.

Los postreros haces de luz del muriente Astro, vivísimos y cegadores doran la superficie de las aguas y centellean sobre la espumosa cresteria de los curvos lomos de las olas.

Es un espectáculo fascinador. Un soberbio cuadro de tonos, sombras, colores y reflejos, negados aun á los artistas mas eximios.

¡Es inutil, celebrados pintores, que ejerciteis vuestros pinceles y que mancheis vuestras paletas, esas honradas arinas de vuestras victorias estruendosas, en reproducir una puesta de sol, un crepúsculo vespertino

de un día de Otoño, en estas latitudes meridionales!

Copiar la fantástica visión, reproducir fielmente lo observado, equivaldría á la vergonzosa derrota del propio Iris, por que el Iris no ha podido aún combinar en su mágica escala de colores, tonos tan nuevos, delicados y peregrinos y tintes tan raros, admirables y sugestivos, como las de estos desmayos de la tarde en un poético rincón de las viejas costas turdetanas.

Es un verdadero aquelarre de colores. Una danza macabra de espectros caprichosamente iluminados. Una disipadora orgía de matices.

Hundióse al fin el sol en las salobres ondas.

Anchas bandas rojizas, de un rojo intenso como el del ascua viva en el hogar calcinado de una fragua, cubren por completo el Occidente.

Blancas y leves nubecillas zenitales se bordean de dorados reflejos, como nítidos girones de armiño, gañoneados de oro, otras, más densas, las que se apoyan en las macizas montañas que corren hacia el Norte, adquieren tonos anaranjados, y afilosos, que los cambiantes de luz descomponen súbitamente, arrebolándolas después de nuevos tintes incopiables.

De Poniente á Sur el grandioso espectáculo es por todo extremo sorprendente.

Extensas y compactas nubes posadas á

flor de agua, y que por un efecto de óptica aparecen tendidas en suavísimo declive, fin-g-n extensos prados de esmeralda, secos y amarillentos hierbarales, plumizas eminencias, desnudas colinas color sierra, lagos verdosos y anchas planicies almagradas en las que queremos ver hasta las secas palas del rastrojo.

Fantasma y tragos desconocidos y extrañas figuras que semejan animales mostruosos se alzan por doquier, unos oscuros y violáceos y otros como tocados de albayalde.

Mares inmensos rompen sus arrecifes bravíos, y en un extremo del paisaje unas capriohosas nubucillas blancas, blondas y ensortijadas, simulan vellones de lana aprisionadas en los zarzales de un lindero.

Solo el Oriente aparece límpido, puro y azulado.

Anochece.....

Dispanse gradualmente todos los tonos irisados y solo queda allá, en la conjunción de mar y tierra la extensa franja anaranjada del Ocaso que poco á poco se desvanece y borra.

Los primeros lienzos de sombra caen sobre el barrio marino de la Ciudad costera. Tenuas lucecillas comienzan á parpadear en la penumbra; en tanto que las cumbres de las elevadas Sierras del contorno reciben el última beso de luz de la tarde agonizante. Sobre las faldas de azul montaña, un delica-

do tono violeta tinte los crestones de los picachos.

El agua adquiere reflejos metálicos que oscurecen á veces movibles bandas de sombra proyectadas por no sabemos que moles desconocidas.

Sobre la ténue superficie de las aguas de la bahía saltan peces fosforescentes que remedan ligeras gondolillas de plata.

En este punto adquiere la bahía tonalidades, ya de paisaje veneciano, ya de poética ribera de un Nilo manso y abundoso.

En el muelle de Levante un vapor negro y ventrudo se dispone para hacirse al mar. Suelta las amarras de sus norais, pica la corva y dentada ancla de su proa y despues de un pitazo quejumbroso, escarba el agua con su hélice, como toro que se prepara para la lucha. Oyense voces de mando, breves, enérgicas y guturales; una campana deja oír su bronceado tintineo; densa columna de humo espeso asciende por el aire y el buque virando sobre baber en fila la salida de la Locana, dejando tras de sí una larga estela brilladora.

Una barquilla, izada la triangular vela latina, que la calma del tiempo deslancha y plega, gava á fuerza de brazos el recodo de la ensenada. Sobre la popa del bajel un marinero viejo y cetrino, sentado sobre la obra muerta y ageno á la majestad del paisaje, fuma tranquilamente su pipa; suspensa la mirada en el llanto de perlas de los ramos.

Cunde más y más la oscuridad.

Sobre el haz de las plomizas aguas se perciben los puntos negros y medrosos de de las boyas.

Una línea de luces que guían en el fondo oscuro del horizonte se extiende á todo lo largo de los muelles.

Las luces rojizas y movibles al copiarlas el mar fingen rizadas guidejas de oro puro.

Un barrio de la Ciudad edificado en anfiteatro en las vertientes de unas laderas parece un deslumbrante altar, encendido en la fiesta de una patrona venerada.

Sobre el andén los focos eléctricos, como soberbias magnolias de luz, comienzan á brillar en el espacio.

Anocheció.

Dos luces, una verde esmeralda y otra granate, que, como dos piedras preciosas de inmensa talla; se diría que penden del mismo cielo, fijan la situación del anchuroso puerto.

Un silencio solemne, un recogimiento religioso preside en toda lo bahía turbado á las veces por el eco roto de una malagueña, entonada no sabemos donde ó por las notas regocijadas y dispersas de un picaresco pianillo callejero.

Después solo se percibe el chapotear del agua en los cantiles.....



INTERMEDIO

Recuerdo de amistad

Carta de Salvador Rueda a
Celedonio José de Arpe con
motivo de la muerte del poeta
Aquino.

Mi querido Arpe: Me figuro el rato amarguísimo que habrá sufrido tu corazón, cuando en tu viaje de acompañamiento al Rey, hayas entrado en Almería y te hayas encontrado con que la bella ciudad, ya no tiene á tu poeta Paco Aquino. Bien podemos decir tu y yo, que hemos perdido un hermano. También habrás encontrado de duelo al elemento literario de la capital y á las autoridades civiles, las cuales hicieron al nobilísimo Paco unas honras fúnebres brillantísimas, no sabiendo como darle la despedida última al insigne poeta. Eso le llamó aquel Clarín inmortal en nuestra literatura: poeta ilustre, poeta admirable. Y acertó Leopoldo Alas, el crítico con quien tu sostuviste triunfalmente tu primera discusión estética. Acertó, por que Paco Aquino, como poeta, y aún como persona, era una vena de salud, un manantial de versos claros, limpidos y sustanciosos. Cuando dos días antes de morir

el poeta almeriense, tu lo llevaste á mi casa, desbordaba vigor, como su lirica natural. Recuerdo que al eger un libro mío, que él deseaba poseer, se lo dediqué de este modo: Al noble poeta Paco Aquino, cuyos versos me huelen á trigo de flor y á fragancia de naranjal. Sin quererlo, yo hice en frase tan descuidada y sencilla, un juicio exacto de su arte castellano. En esta época en que, salvo los casos consiguientes, una inmensa ñoñería poética invade con lamentables y cloróticas imitaciones del decadentismo francés, las veinte Naciones latino-americanas y España misma, es digno de que se cche el campanario á vuelo cuando se está frente á un poeta que canta con sus nervios y con su corazón, sin recurrir á hacer el diezmillonésimo galco del francés. Debían imprimirse las poéatas de Paco Aquino y debían ser desparramadas espléndidamente sobre España y sobre América como una lluvia sana que cae sobre tierras enclenques de poesía. De algunos años acá, yo no conocía la labor lírica de Paco, pero la de sus años mozos, me hacia el efecto de ver rutilar pilas de trigo bajo el sol, en las cuales podrían meterse las manos para santificarlas ¿Es semejante á aquella su obra posterior? La primera fué la que le valió el espaldazo de Clarín: él lo armó caballero noble de la lirica.

Y un hombre que en su forma corporal y en su arte, poseía tanta salud, murió de un soplo como la cosa más feble, como la luz más vacilante. Aun tenía yo en mis brazos el calor de los suyos, todavía conservaban mis manos la tierna amistosa de sus manos, cuando el telégrafo nos sacudió aquel zurriagazo eléctrico de la muerte de Aquino: hubo que tragarse la noticia desmesurada y enorme con la violencia y la protesta que

se traga una descarga del cielo un pararrayos ...

¿Lo querrás creer? Yo me he desvelado muchas noches, asaltado por el trágico recuerdo de este amigo tan leal, tan puro, tan entrañable: le he rezado con los labios impalpables de mi espíritu, he humedecido su memoria con mis lágrimas. Algo caro de mi vida hubiera yo dado por que no muriese aquel hombre pleno de fuerza en cuya cara parecía estar dando siempre la reverberación de un naranjal del mediodía ...

Tu, su hermano gemelo en nobleza y hasta en haber sido instituido por Clarín, habrás pasado unas horas cruelísimas durante el viaje real por Almería. Los poetas de esta ciudad del sol, deben consagrarle después de muerto, vertiendo las armonías de sus versos sobre su sepulcro. Todos los días no muere un poeta original.

Adios, recibe un gran abrazo de tu devotísimo y entrañable amigo.

SALVADOR RUEDA

Madrid, Enero 1911.

VERSOS

La jornada del Rabal.

I

Madre mía, madre mía,
otro beso y otro abrazo
y venga el fusil que padre
llevó siempre y honró tanto,
porque al decir de la gente
—y la gente no habla en vano—
el *Rabal* está en peligro
y al *Rabal* hay que salvarlo.
Diz que dicen que Mortier
prepara un tremendo asalto
para apoderarse al fin
de aquel indomable barrio
y diz que dicen que allá
lo está esperando Velazco
con sus veintidós cañones
de doce y de veinticuatro
y sus fieles *rabaleros*
entre los que, madre, falto.

No llores, madre del alma,
pronto vengo y vendré sano
que la Virgen del Pilar
no te ha de dar más quebrantos
Ya fué bastante el que *aquel*
se fuera de nuestro lado.

¡Madre por *aquel* te juro
que el *Rabal* hay que salvarlo.

.
No, no vengas. ¿Para qué?
No he de tenerte á mi lado
ni aún verte si atrás te quedas
porque los zaragezanos
ya sabes que nunca atrás
en el combate miramos.
Tú á cumplir con tu deber
aquí en casa, deshilando
lienzos de eternal blancura
que por pasar por tus manos
quizá curen ellos solos
mejor que todos los bálsamos
Yo, entre tanto, allí, al *Rabal*
que el *Rabal* hay que salvarlo.
Adios madre, hasta después;
vendré pronto y vendré salvo;
y si muero ¿qué es la vida
para lo que está pasando?
¡Allá, si muriera, libre;
vivo aquí, quizás esclavo!
Mira que triste está todo.
¿No ves que mortal cansancio
preside desde hace días
allá arriba y aquí abajo?
La tierra yerma, baldía;
el cielo gris, aplomado;
el Ebro, mudo y tristón;
el Huerva, silente y manso;
el Gállego, desceddiendo
perezoso de sus altos;
las nieves, las tercas nieves
cubriendo como un sudario
desde la cumbre á la falda

las vertientes de Monçayo...
 ¡Conque, madre, hasta después
 que el *Rabal* hay que salvarlo!

II

¿Como fué? No sé decirlo.
 ¿Qué pasó? No sé contarlo.
 Mucha gente, mucho humo,
 mucha sangre y mucho estrago.
 ¡Qué jornada, madre mía,
 la jornada del asalto!
 ¡Y cómo el fusíl de padre
 ha respondido á mi enfado!

.....

Eran bastantes los nuestros
 y eran legión los contrarios
 muchos miles, muchos miles
 imposible de sumarlos.
 En correcta formación
 dan el frente, donodados,
 se acercan cada vez más,
 entre disparo y disparo
 y al ver en la batería
 que era inminente el asalto
 los *rabaleros* pretenden
 emprenderla á cañonazos,
 cuando así, con voz de trueno,
 grita don Manuel Velazco;
 «Quieto todo el mundo, quieto;
 «alto *rabalero*, alto;
 «quien intento á los cañones
 «tocar sin previo mandato,
 «antes que á manos francesas
 «ha de morir á mis manos;
 «quieto todo el mundo, quieto
 «yo lo ordeno, yo lo mando.»
 Y su espada refulgía

ignea y fiera como un rayo.
 Hubo un instante de asombro
 de asombro, sí, no de pasmo
 y allí quietos, á pie firme,
 al invasor esperamos.
 Ya se acerca, ya nos toca,
 ya la lucha es brazo á brazo;
 pero en el mismo momento
 en que se inicia el asalto:
 «¡Fuego!» con voz estentórea
 grita el coronel Velazco...
 y los veintidós cañones
 hasta las bocas cargados
 rompieron súbitamente
 en un solo cañonazo.
 ¡Y al barrer de la metralla
 todo limpio, todo raso.
 Después, la fusilería
 y la bayoneta al cabo
 inclementes y furiosos
 pusieron fin al estrago.
 Y allá fueron, allá fueron,
 los invasores odiados,
 rotos, deshechos, barridos
 Dios sabe donde á contarlos.

.
 ¡Qué gozo á un tiempo y que pena!
 ¡Qué mezcla de risa y llanto!
 ¡Qué pródigo y que cruel
 suele ser el amor patrio!
 ¡Pobres madres, pobres madres
 las de esos pobres soldados!
 ¡Pero era el *Rabal* primero
 y era forzoso salvarlo!

.
 ¡Sangre dices? No, no es sangre

déjala correr, es bálsamo
que la herida de la patria
poco á poco va curando.
Observa qué cambio en todo
después del triunfo alcanzado.
La tierra parece otra;
el cielo de azul y claro;
el Ebro corre hacia el mar
locas victorias cantando;
el Huerva, otra vez riente,
besa sus valles amados;
el Gállego á grandes brincos,
desciende de sus picachos.
Mira más blanca la nieve,
mira más alto el Moncayo...
¡Ve tornarse en rojo y oro
todo cuante estas mirando!

.....
¿Más sangre? Sí, mana más;
las fuerzas me van faltando...
Guarda ese fusil que padre
llevó siempre y honró tanto...
ven más cerca, junto á mí...
otro beso y otro abrazo...
Adiós madre, yo me muero ..
¡Pero el Rabal se ha salvado!



En la cumbre

En la altiva cumbre
de la ingente Sierra
que coronan de nimbos vistosos
los remansos de nieves perpétuas,
cerca de los cielos,
lejos de la tierra,
duerme Hacen, ha seis siglos, el sueño
de la noche medrosa y eterna...

Rendido coloso
otorgóle, clemente, el Profeta
el soberbio sepulcro que guarda
sus pasadas y muertas grandezas.
En la virgen entraña de un risco
que no escalan las nubes excelsas,
al calor de las lavas hirvientes
que atesora en su seno la Sierra
y que entibian las nieves que cubren
sus ásperas crestas...
descansando en macizos de oro;
revestido de jaspes, que ostentan
entre tonos vistosos del iris,
aún nevados á humanas paletas,
encendidos fulgores de aurora
y risueños verdores de vega...
¡Allá, solo, en la tumba ignorada
bajo un manto de nieves eternas...

¡Oh tumba gigante

mas gigante que el muerto que encierras!
¡El Sol de Granada
con su rayo pristino te templa,
con sus lumbres ardientes te dora,
con sus haces postreros te besa!
La pálida Luna
no ha bajado jamas á la tierra
sin posarse en tu mole y ceñirte
su corona de plata y de perlas...

¡Oh, túmulo inmenso
de una raza viril y soberbia!
aquilones furiosos salmodian
de tu base en las cóncavas peñas
oraciones extrañas; los rayos
de las fúlgidas nubes te incensan;
terremotos pujantes te mecen,
pétreos dudosos te guardan y velan,
desolados torrentes te lloran
y tu fábrica el tiempo respeta...!

Así Hacen reposa
en la cumbre ignorada y excelsa,
solitario y grave,
envolviendo su muerta realeza
en el albo alquicel que la ciñen
los remansos de nieves perpetuas;
cerca de los cielos,
lejos de la tierra...
olvidado en su augusta morada
de las ruines y humanas flaquezas.
Lejos de los hombres....
aún, por eso, perdura su huesa...

[GRANADA]

¡No es sueño de artista,
no es vana quimera
ni ficción de la mente alocada
ni espejismo del alma suspensa!
¡Es Granada., la tierra bendita,
la Ciudad de las fértiles vegas
de los días radiantes y puros
y las plácidas noches serenas
luminosas y tivas, cuajadas
de cantares, de aromas y estrellas.

—
¡Es Granada, la huri tentadora
que fué musa inmortal del poeta
recostada en su lecho de flores
de esmeraldas, granates y perlas;
vestida de raso,
de soberbios encajes y sedas
con los ricos chapines de oro
con que el Darro sus plantas estrecha...
con la egregia corona de plata
que la ciñe mimosa la sierra!

—
Dejadme que vague
por sus calles torcidas y estrechas
todas llenas de frescos claveles,
de jazmines, de Albahaca y de hiedra.
Por las calles umbrosas que entoldan
compasivas, galantes y espléndidas,
las parras amantes

que lascivas se abrazan y besan
 con su urdimbre espartosa de tallos,
 sus rizos caireles
 y sus bíblicas hojas inquietas.

Altar de mis ansias
 y de mis tristezas.
 al final de la calle entoldada
 aun descubre mi anhelo una reja
 ¡Oh reja moriscal
 que suspiros tan tristes me cuestras
 al verte desnuda
 herrumbrosa, sin vida y sin... ella!
 Agostose el rosal primoroso
 pebetero de gratas esencias,
 se murieron las aves doradas
 de irisados plumajes de seda,
 y una tarde de invierno, muy fría
 un aire de ausencia
 apagó para siempre una vida
 y engendró para siempre una pena.
 ¡Pobre niña de rostro moreno,
 atrevida y artística mezcla
 de contortos y líneas y rasgos
 de andaluza, de mora y de griega!

Dejad que de hinojos,
 á la Santa Patrona haga ofrenda
 de mi alma de niño
 de impiedades y dudas exenta;
 y en la charla infantil de otros días
 á su Trono esta súplica ascienda
 "Virgencica pura,
 Madrecica excelsa
 protege piadosa
 por tu angustia tan honda y tan fiera,

mis grandes amores,
mis ansias eternas...
á mi padre adorado en los cielos
á mi madre del alma en la tierra...

—
Dejadme, dejadme
que contemple la pr6vida Sierra
arca santa del b6tico pueblo,
fuente madre de miles de vegas;
portentosa y gigante muralla,
granítica cerca
que á la mágica Alhambra protege
de la torpe codicia agarena.
¡Que hermosa, que hermosa,
á mis ojos se ofrece esa Sierra,
con su falda de tonos del iris
y su nivea y vistosa diadema!
¡Cuántos días la han visto mis ojos,
cuántas noches la han visto mis penas,
al rondar por los valles floridos
de una infancia lejana y risueña;
al llamar á un hogar apagado
ó al besar unos palmos de tierra!
¡Oh, brisa cargada
de serranos curvios y esencias...
¡Qué memorias tan tristes me traes
qué suspiros tan hondos te llevas!

—
Dejadme que admire
los palacios de encajes de piedra,
los bosques umbr6s
y las fuentes de gratas cadencias,
los bardales de mirto que guardan
las marm6reas y puras albercas.

.

Dejadme que evoque
de Granada las nobles leyendas

• • • • •
que visite sus típicos barrios.

que me embriague en sus locas verbenas

• • • • •
que me encienda en los árabes ojos
de sus pálidas hijas trigueñas...

—
Cumplidas mis ansias
de cristiano, de artista y poeta...
¡dejad que por siempre
en su lecho de flores me duerma!



La primera oración

Para la encantadora niña
Encencia Estevan Valls.

Así dice la madre con dulce dejo
á una linda criatura que es un diablejo,
de ricillos de oro, tez sonrosada
y labios mas carmíneos que la granada,
mientras que cuidadosa corro, una á una,
las nevadas cortinas de la alba cuna:

«Ven acá, rapazuela de mis pecados,
que nos tienes á todos ya condenados
al ver que no te cansas de dar tormento
de palabra, de obra, de pensamiento,
desde que Dios al mundo su luz envia
hasta que reina en calma la noche fria.

Así tienes el rostro como la grana
así te me amodorras por la mañana,
así luego te rife la Superiora
porque nunca al Colegio vas á su hora.

Vamos, basta de gritos y de locuras
ó me voy y te dejo sola y á oscuras.
¿Que ya eres buena dices? Pues dame un beso
y ven, que ya te rinde del sueño el peso.

.....
En tanto te desnudo, reza conmigo;
repite cuidadosa lo que yo digo;
la oración que mi madre decir me hacía

lo mismo al acostarme que al nuevo día
en aquel venturoso tiempo pasado
en que la pobre estaba siempre á mi lado.
Oyela y haz tú siempre de ella memoria;
por ella, tu abuelita se fué á la gloria.

«¡Dios te salve, María, de gracia llena:
Dios te salve, consuelo de toda pena;
el Señor es contigo, bendita eres
entre las más benditas de las mujeres,
y bendito es el fruto que dió tu seno,
el Hijo de Dios mismo, mi Nazareno!
¡Madre de mis anhelos y mis amores,
ruega á Dios por nosotros los pecadores,
igual en nuestra infancia, que huye ligera
que cuando á vernos venga la muerte fiera!
Así sea, señora de mi albedrío,
Virgen, á quien, cristiana, mi vida fio.»

Así rezan, mi cielo, las niñas buenas
y se evitan insomnios, sustos y penas;
así siendo creyentes, siendo piadosas,
son luego buenas madres, dignas esposas,
orgullo y prez del suelo donde nacieron,
encanto de las madres que las nutrieron.
Reza, reza conmigo, pequeña mía;
di siempre con el Angel: ¡Salve, María!
Reza por todos, todos los desdichados;
pide por los humildes, por los negados;
por los que á causa á veces de la malicia
sufren persecuciones por la justicia;
por el pobre viandante descalzo y roto;
por el audaz marino que vence al Noto.
Reza, niña del alma, por los que fueron,
por los seres amados que se murieron,
por que Dios te conserve para mi encanto
¡por que nunca tu rostro lo surque el llanto!

¡Que prenda en tu conciencia, feliz criatura
de mi fé la semilla sublime y pura
y vivirás alegre, serás dichosa
y soñarás con sueños color de rosa!
Reza, reza ferviente, monina mía;
dí siempre con el Angel ¡Salve, María!

.....
Yá la niña se rinde del sueño al peso;
ya no dice, contrita, plegaria alguna.

La madre que la mira con embeleso,
en su boca de mieles estampa un peso
y cierra el cortinaje de la alba cuna...



Patria

En un girón de lienzo grana y oro,
que un tremendo revés ha desteñido,
mi juvenil ardor ha resumido
las cosas todas que en el mundo adoro.

Trémulo de emoción lo miro y lloro,
y al verlo tan plegado y tan rendido,
en silencio mi sangre le he ofrecido
para lavar su mancha y su desdoro.

¡Oh, enseña de mi patria atormentada,
ayer tan victoriosa y tan erguida
y hoy tan rota, maltrecha y ultrajada!

¡Tu eres España y para ti es mi vida!
Y más te quiero cuanto más hollada,
y más te adoro cuanto más vencida!



Fé

Me interné por el campo de la Ciencia
siguiendo peligrosos derroteros
y al llegar de la Duda á los linderos
aún quiso ir más allá mi inesperienza.

Hice gala de torpe indiferencia;
bebí del Descreimiento en los veneros
y maldije, procaz, de los primeros
jalones de mi fe. ¡Que gran demencia!

¡Que soledad entonces y que frío!
¡Que sensación de horror jamas sentida
al ver mi propio corazón vacío!

¡Oh, fé de mis mayores, fé querida!
¡Oh, fe cristiana en la que sólo fio!
¡Vuelve á ser el consuelo de mi vida!



Amor

El amor que te ofrezco, vida mía,
no es cual llama voraz, devastadora;
ni cual negra tormenta asoladora,
ni cual fiero huracán, ni mar bravía

El sosegado amor que á tí me guía,
es mimoso cual planta trepadora;
tiene esplendores de naciente aurora,
decir de fuente y frescor de umbría.

Mi amor es manso y puro; el amor este
es cielo azul y delicada vega;
es más que grana, de color celeste;

rayo de luna; sol cuando desmaya;
ola de encajes que callada llega
y muero amante, en la mullida playa ...



Apuntes al carbón

I

Yá llegó la Primavera,
la afrodisiaca hechicera
que ha vestido de colores
los huertos y la pradera,
los valles y los alcores.

II

¿Quieres saber mis antojos?
Líbar en tus labios rojos
de tu ser todas las mieles,
y morir fijo en tus ojos.
sobre un lecho de claveles....

III

He aquí un paisaje africano:
Viento cálido, sol vivo,
la tierra como incendiada,
el ambiente enrarecido;
noria de miserables artes,
vega de pobre cultivo,
pitas, nopales é higueras
guarneciendo los caminos;
un atezado zagal
dormita en un barranquizo,

un perro hurraño y feroz
vela la paz del cortijo
y una gigante palmera
de porte airoso y altivo
abre sus ramas triunfales
en mitad del cielo mismo...

IV

Lloré tan aprisa y tanto
al conocer tu traición
que al fin se deshizo en llanto
aquella loca pasión.

V

El alegre tintineo
de la esquila del lugar,
que tocara en mi bateo
nunca la pude olvidar.

—
Vi en soberbias Catedrales
aureas campanas prendidas
en los viejos ventanales
de sus cien torres erguidas;

—
y of sus tañidos sonoros,
ora agudos, ora graves,
esparcirse por los coros
y perderse por las naves.

—
Mas no lograron sus sonos
convocando á la oración,
ni avivar mis oraciones
ni alentar mi devoción.

—
¡Que mi fé, casi agotada

solo ya á un son sabe orar....
al de la esquila adorada
del templo de mi lugar!

VI

¡Estandarte del arrojol
¡gallardete del delirio!
Llevas en tu gualda y rojo
la lividez del martirio
y la grana del sonrojol

VII

Déjalos que me zahieran,
déjalos, no importa nada.
Ellos á golpes de escoplo
y con limas bien templadas,
á carcomer los cimientos
de mi nombre ó de mi fama.
¡Yo con martillo y con yunque
á forjar mi propia estatua!

VIII

Todo blanco... rostro, manos,
flores, cintas, caja y velos.
¡Todo blanco y para mí
que negro todo, que negro!

IX

Mucho anduve y mucho ví;
pero jamás he olvidado
aquel rincón adorado
de la tierra en que nací.

—
¡Aquella blanca casita
frontera al tranquilo puertol

¡Aquel adorable huerto
donde el verdor no se quita!

—
¡Aquel emparrado espeso,
y aquella madre amorosa
igual que una Dolorosa
esperando mi regreso

X

¡Peregrino de los mares
que dejas los patrios lares
en pos de una dicha extraña!
Que nunca te torne á España
el viento de los pesares

XI

De cuanto espantoso existe
en esta vida sombría
no he visto nada tan triste
como una cuna vacía.

XII

La suelo ver de noche
allá en la azul inmensidad del Cielo,
jugando como ayer entre nosotros
á apagar con su soplo los luceros.

XIII

Ví cruzar por tu mirada
tal tempestad de odio y celos,
que tus ojos de azul claro
tornáronse al punto negros.

XIV

Llora que el llanto es consuelo
y el llanto calma la pena

como la lluvia del cielo
las iras del mar enfrena.

XV

No es que desdeñe, hurraño, vuestros
cantares,
es que para las fiestas soy muy rehacio:
mi dolor es inmenso como los mares
y mi pena infinita como el espacio.

Ha tiempo que no gozo y aún que no
río;
y ha engendrado estas penas hondas y
estrafias.
esa araña invisible del triste hastío,
que teje en los repliegues de mis entrañas.

XVI

Hasta en los restos humanos
hay sus clases en las fosas,
unos producen gusanos
y otros manojos de rosas.

XVII

Luz del sol de Andalucía
irradian, amada mía,
tus ojos de reina mora.
¿Porque te llaman Aurora
si eres espléndido día?

XVIII

Como dos piedras preciosas

en el espacio engastadas,
una luz verde muy verde
y otra luz grana muy grana
marcan á los navegantes
del ancho puerto la entrada,
fingo la roja un granato
de inmensa y difícil talla
mientras semeja la verde
una asombrosa esmeralda;
ó dos lágrimas del cielo
sobre la tierra lloradas;
¡una lágrima de pena
y otra lágrima de rabia!
¡Cuántas noches, cuantas noches,
corrí con infantil ansia
para alcanzar la luz verde
y solo encontré la grana!
¡Y entre una luz y otra luz,
mucho cielo y mucha agua!
Es espegismo faláz
que un viejo símbolo entrafña,
La roja... la realidad,
la luz verde... la esperanza.

XIX

Flores de vivos colores
sobre su sepulcro hacinas.
¡Muerto, coronas de flores!
¡vivo, corona de espinas!

XXj

¡Todo en calma, todo en calma;
el cielo puro, estrellado,
la tierra como dormida
bajo el azulado pálio

Los mares en estas noche
son envidia de los lagos,
ni aún las aves agoreras
se arriesgan por el espacio!
¡O todo es paz y sosiego
ó todo es mortal cansancio!
¡Noche solemne y sinpar!
¿será tu calma presagio
de que hemos de sentir pronto
de la tormenta el estrago?
¿Serás nuncio de venturas,
ó encubridora de agravios?
¡Quien pudiera noche augusta
rasgar de tu seno el manto!

XXI

Fija tu vista en la mía;
mírame más, mucho más,
que mirándome en tus ojos
haré mi mejor cantar.

XXII

¡Pendientes de oro y de perlas!
Antes de hablar de tu honor
cúbrete bien las orejas.

XXIII

Campoamor, aquel portento
de inspiración y talento
en sus rimas hechiceras,
nos habla de dos palmeras
á las que casara el viento.

—
Gemelas tu alma y la mía
dos palmas amantes son

que pese á la ausencia impía,
se acarician cada día
con ansias del corazón.

XXIV

En el barco de la dicha
pongo rumbo mar adentro;
pronto volveré á la playa,
para mi no sopla el viento.

XXV

Aquello me supo á gloria
zagala de tez morena;
fui á beber agua de lluvia
en un cocón de la sierra.

XXVI

Por su humilde condición
el trato con tu buen *groom*
te ofende, Jaña y asusta.
¡Y él es quien lleva el bastón
mientras tu esgrimes la fusta!

XXVII

Alquimista concienzudo
que ensayas mi corazón
ya verás como al fin queda
repleto de oro el crisol.

XXVIII

A mitad de la jornada
cae, muy cerca de mí, muerto.
No puedo hacer por tí nada;
beso tu cadáver yerto

y ¡hasta luego! camarada.

XXIX

¡Alma generosa y noble
nada junto á tí me arredra;
si yo firme como el roble
sé tu amante cual la hiedra!

—
¡Enlaza á mi trencó fuerte
toda tu urdimbre mimosa
y hallemos al par la muerte
cayendo en la misma fosa.

—
Agua que toque mi base
será frescor de tu vida;
si algún viento te agostase
de mí quedarás prendida.

—
Esclavós de un mismo anhelo,
dóciles á un jugo mismo
¡á escalar el alto cielo
ó á sondar el hondo abismo!



El mejor himno

Cuando despierta el alba cada día
y besa con su luz mares y campos,
las ciudades inmensas, las aldeas,
los hondos valles y los picos altos...
su gran labor la humanidad renueva
en la fiesta estruendosa del trabajo.

Y el grito sordo de la tierra, herida
por el cruel desgarrón del tosco arado;
el golpe fiero del hachazo rudo
en el añoso tronco centenario;
el chirrido especial de la polea,
señora de la fuerza en el espacio;
el eterno rodar de los volantes
que impulsan los hogares llameados;
el pujar de las válvulas rugientes,
el agudo gemir de los silbatos;
el voltear de las hélices, azote
de las hondas del mar; el eco vago
del golpe de la barra cuando hiere
la rica entraña en el plomizo antro;
la dentellada del voraz escoplo;
el crugir de los débiles andamios;
las leyendas que escriben sobre el bloque
los expertos cinceles manejados
por los bardos geniales de la piedra,

por los nobles artistas que lograron
animar con los tonos de la vida
los indomables mármoles de Paros,
llegar al corazón de los granitos
pulir el jaspe... ¡enaltecer el barro!
el mismo rasguear de nuestras plumas
sobre el haz del papel, tras el ingrato
caminar del poeta por los tristes
y agrios senderos del desdén humano
son algo así como la gran ofrenda
que entre risas y ahelos y entre llantos
al Dios de todos, con fervor envían
los hondos mares, los sedientos campos,
las ciudades fabriles, las aldeas
los verdes valles y los picos altos...
¡Voces del escelsio y de hosanna arriba
gritos de angustia y de dolor abajo!
Entre todos los himnos que la tierra
eleva á su Creador, existe un canto
que igual en los talleres portentosos
(basílicas severas del trabajo)
que en los negros tabucos donde moran
los pálidos bohemios atezados
hace vibrar el corazón del hombre
con el ritmo febril del entusiasmo...
¡Canción cuyas estrofas encendidas
entre punto de luz van á lo alto!
Himno de Adletas de acerado corzo
de sangre mora y varoniles brazos;
himno que en humos entonara un día
el Dios del fuego, el forjador del rayo.
Himno conmovedor, vibrante, escelsio
himno inmortal y redentor y santo
el que entona el martillo sobre el yunque
cantando el triunfo del esfuerzo humano!

— Mi canción

Desde que te quiero
llevo impresa en el fondo del alma
una hermosa canción nunca oída,
de ritmo vibrante y frases extrañas.
¡La canción de los grandes amores,
la canción de las tristes nostalgias,
de los puros anhelos que alientan
y los hondos pesares que matan!

.....
Mi lengua torrena,
imperfecta y ruín como humana,
ni acierta á decirla,
ni consigne jamás acordarla.
¡Es canción para labios de nn ángel
dicha al son de las célicas arpas!

.....
Hay en ellas rumores de selva,
murmurios de fuente ignorada
y espumosos halagos de olas
que acarician amantes la playa.
Florescencias de plantas policromas,
desperezos de estambres y sávias,
misterios de nido
y batir perozoso de alas.
Deslumbrantes reflejos de luna
arrancados á cimas nevadas,

rayos cegadores
de ese sol que los campos abrasa,
luces vespertinas
y tonos soberbios de tintas del alba.

Hay en ellas gorgoros y trinos,
dulces dejes de tiernas plegarias,
suavidades de raso y de seda
y destellos de piedras preciadas.
Se habla allí de una cara morena,
de unos ojos muy negros... de rara
nitidez de unos dientes menudos...
de suspiros y besos y lágrimas...

.
¡Qué canción, la canción nunca oída
que te guardo en el fondo del alma!
¡Quién pudiera cantártela, á solas,
en la noche nupcial de mis ansias!



Amorosa

Seca esos ojos
que son dos cielos,
vente á mi lado
toma otro beso
y olvida el triste
presentimiento...
¡Qué cosas piensas cuando me dices
que no te quiero!

—
Vente más cerca
deja en mi pecho
tu cabecita
de corte griego
y enserijados
caireles negros.
¡Así, más cerca, que se confundan
nuestros alientos!

—
Quiero contarte
quedo, muy quedo,
mis ansias locas
y mis anhelos;
mis negras dudas
y mis tormentos,

la historia eterna de mis amores
y de mis celos.

¡Qué cosas dices!
¡que no te quiero!
¡qué cosas piensas!
¡que no soy bueno!
Mira mis ojos
entra por ellos,
y al mirar de mi espíritu el fondo
no dirás eso.



La casa triste

Frontera al Hospicio
tengo yo mi casa,
una casa menuda y humilde
pero muy soleada y muy blanca.

En ella, el cariño,
la alegría que presta la infancia,
el pan de la tierra
y la luz de los Cielos, no faltan.

Tan solo ensombrece
mi casita blanca
ese vaho de infinita tristeza
que del Santo recinto se escapa.

Tristeza muy honda;
que á las veces se mete en el alma
y allí se acurruca
hasta tanto que sale hecha lágrimas.

Pero aparte de ello,
yo siempre hallé grata
del Asilo frontero y sombrío
la sevena y constante compañía.

En los viejos muros
de la mole vetusta y grisácea,
dejaron las penas,

han grabado las negras desgracias,
 prudentes consejos
 y sublimes máximas....
 ¡todo un texto de santa doctrina,
 todo un cuerpo de leyes sagradas!

¡Palacio del duelo
 te debo enseñanzas;
 en tus páginas pétreas y frías
 he aprendido lecciones muy sanas!
 A humillar mi orgullo,
 á acallar mis ansias,
 á enterrar esas torpes leyendas
 del origen y el rango y la raza.
 A pedir por los pobres del mundo
 en mis horas de dicha colmada.

¡Casa de la pena,
 silenciosa jaula
 sin gorgoros, ni ruidos ni trinos
 aún estando de niños cuajada!
 ¡Piadoso refugio
 del andrajo que el mundo rechaza,
 de los pobres viejos,
 de las vidas exangües... gastadas!
 ¡Tu ayivaste el cariño á los míos!
 ¡sé por tí, para qué se trabaja!

.....
 Hoy es día de fiesta
 hoy es día de gala
 en la casa menuda y humilde
 pero muy soleada y muy blanca.
 Lazos del afecto;
 entrañables ansias,
 y aún desquites del tiempo pasado,
 que allá fué, con su fardo de lágrimas,

aquí nos congregan
 y aquí nos solazan
 ¡No mirad vecinitos con ira
 esta casa menuda y honrada!

.
 Asoma hospiciano
 tu carita pálida
 por los ventanales
 que dan á mi casa.
 Aquí se te quiere
 aquí se te ama
 para tí, no migajas del harto,
 sino el pan cotidiano, te guarda.

—
 Por tu bien mis niños,
 rezan ya fervorosas plegarias...
 ¡Departe con ellos
 y verás que ninguno te extrañal
 Te quieren de veras
 y hasta anhelan tu dicha y tu fama.
 ¡Como tú, son buenos,
 como tú, más que carne, son almas!

.
 —
 ¡Siga nuestra fiesta
 esta fiesta galante y honrada!
 Donde á fuer de buenos
 recordamos también la desgracia...

. ;
 Vengan brindis... y cantos... y notas...
 y cariño y afecto... y constancia...
 Venga música, á ver si esta noche
 tan dulce y tan grata
 es allí, por el eco siquiera,
 una noche muy blanca... muy blanca.

Otoñal

A Paco Villaespesa.

¡Alma de mi alma,
tengo mucha pena!
¡Ya conozco la triste noticia
me la han dado unas almas muy negras!

.....
Vida de mi alma,
dulce compañera
de mis ratos de franca alegría
y mis horas de horribles tristezas,
ya sé que la muerte
alevosa te ronda de cerca,
ya sé que te marchas,
ya sé que me dejas....
Ya conozco la triste noticia
me la han dado unas almas perversas

.....
¡Adorado ensueño
de mis noches febriles é inquietas!
¡Iris de mis ansias
en el Cielo sin luz de mis penas!
¡Faro apeteído
en el mar de las largas ausencias!
Vida de mi vida,
dulce compañera,

ya sé que te marchas
¡ay! ya sé que por siempre medejas!

.....
¡Qué oscuro está el cielo,
que plomiza y brumosa la tierra,
cuantas sombras arriba, bien mío,
no fulgura esta noche una estrella;
cuantas brumas abajo, los campos
inundados están de tristeza!
La lluvia rebota
en cristales, persianas y tejas;
canta Otoño con notas salvajes
la canción de las hojas ya secas;
al empuje brutal de los vientos
se desgrefian las altas palmeras;
los troncos desnudos
del ropaje que Abril les vistiera
desolados y secos bien mío,
en los huertos se abrazan y besan;
en las torres con fríos chirridos
giran locas las locas veletas,
graznan temerosas
aves agoreras
y habla un perro con grito angustioso
de cosas siniestras! ..

.....
¡Alma de mi alma
tengo mucha pena!

.....
Yo no puedo verte,
yo que por ti diera
gota á gota mi sangre, si sangre
á estas horas malditas me queda.
Ya sé que en los ratos
en que loca á la vida te aferras,
ya sé que me llamas

ya sé que me esperas...
y ya sé que á las veces mi nombre
con el nombre de Dios entremezclas.
Tu no sabes—me dice la gente—
con qué arranque exige tu vuelta,
con qué loco delirio te llama,
con qué firme constancia te espera
con qué amante codicia, tu imagen
en sus horas febriles estrecha....

.



El alma de Alarcón

(Fragmento)

.
Dando al olvido el relato
de aquella odiosa leyenda
en que tu bardo cerró
contra la grey sarracena...
(puesto que de árabes nobles
es perdonar las ofensas)
rabí de mi tierra mora
canta al cristiano poeta;
que en las esferas del arte
como en la azulada esfera,
para moros y cristianos
brillan las mismas estrellas.
Por eso taño mi guzla
en el borde de su huesa,
por eso canto en su fama,
por eso lloro en mi pena,
por eso, preciada huri,
mi honor en tus manos deja
la ofrenda de mis amores,
que es de mi duelo la ofrenda

—
¡Accitana de ojos negros:
el alma de tu poeta
sobre tu suelo andaluz
flota inmortal y serena!

¡Aún vaga de nuestra Alhambra
por los encages de piedra;
es gnomo en el bosque umbrio,
genio del agua en la alberca,
silfo entre los arrayanes,
soplo de vida en la vega,
vellón de espuma en el Darro,
copo de nieve en la Sierra.

Los montes alpujarreños
la dan albergue en sus peñas,
y por los valles callados
dicen que discurre inquieta
entre halagos de los rios
y mimos de las florestas...

Todas las aves la cantan.
Todas las brisas la besan
y las águilas altivas
cruzan siempre bajo ella...

Y dicen que el alma errante
narra por valles y breñas
traiciones de Aben-Abés
y amores de Aben-Humeysa.

.



Luz y sombra

A José Durbán Orozco.

Al par que un sol de luz esplendorosa
de alegres tonos mi horizonte llena,
negros crespones de infinita pena
nublan de lágrimas tu juventud brumosa.

Mientras en torno de adorable esposa
mi vida miro discurrir serena,
hachazo que la mente te enajena
te deja ¡ay tristes! en orfandad medrosa.
¡Oh sublime cantor de los dolores!
¡Oh alma infeliz para llorar nacida
hoy cual yermo sin pájaros ni flores....
contigo lloro la fatal partida
y en mi cielo de vivos esplendores
proyecta sombra tu grisácea vidal

Aquí fué

Detén tu paso en el umbral severo
de esta inmensa Necrópolis de un día,
donde cubre el laurel la bizarría
y el heroico valor del pueblo ibero.

En este agosto y funeral sendero,
hoy *spoliarium* de la patria mía,
cayó una juventud, loca y bravía,
al toque alegre del clarín guerrero.
Mártires del deber nuestros soldados,
en trágica jornada, roja y cruenta,
fueron bárbaramente asesinados....
Más, ¡oh tumba inmortal de aquella hazaña!
Todos murieron en la lid sangrienta
al grito aterrador de «Viva España».

Rimas

Ya cierra la tarde;
allá, el horizonte,
las luces refleja
del Sol que se pone:
los últimos rayos,
que brillan entonces.
dan en adios con un beso, dorando
la cresta del monte.

Con el alma triste,
y el cerebro helado,
contemplo, alma mía
la marcha del astro;
recuerdo una tarde.
(Recuerdo y comparo,)
en que vi para mí, de tus ojos
el último rayo.

Ya cierra la tarde;
y avanza la noche,
las últimas tintas
haciendo se borren:
sombros tiene el llano
y el cenit crespones,
pero nó, ya luna platea
la cresta del monte

¡Ay alma del alma!
¡La noche contemplo,
la noche espantosa
que alienta en mi pechol
¡Las sombras perpetuas
que llevo aquí dentro!
¡Ay que triste es un cielo sin luna,
qué triste y qué negro!

—
De pronto al oriente
se aclaran las sombras
y nuncio de dichas
se muestra la Aurora.
Las aves despiertan;
sus trinos entonan
y del sol los prístinos reflejos
las cumbres coloran.

—
¡Que triste bien mío
despierta mi alma!
que triste recibe
las luces del alba!
no hay sol, es mentira,
la noche no acaba
para mí no hay más sol que tus ojos,
la luz que me falta



Los locos

Tengo pena, mucha pena;
tras el cancel los he visto
con la ropa hecha girones
y la razón hecha añicos.
Los unos, graves, solemnes;
los otros locuaces, vivos,
y todos ellos esclavos
de algún anhelo infinito.
¡Pobres locos, pobres locos,
sacerdotes del delirio!
¡Hasta las grandes verdades
son, en sus labios, un mito!
¡Pobres siervos de una idea
de la sin razón cautivos...!

¡Palacio augusto y sin pa
que en tu bienhechor recinto
resumistes las purezas
de la doctrina de un Cristo...!
¡Templo de la caridad,
que prodigas compasivo
para el enfermo cuidados,
para el desamparo abrigo
para la orfandad medrosa
besos, ternuras y mimos.!

¡Enfrena á los pobres locos
con los frenos del carífiol

—
Tengo pena, mucha pena;
tras el cancel los he visto
con la ropa hecha girones
y la razón hecha añicos.
Y entre cien voces confusas
llegó á mí, claro y distinto,
para calmar mis tristezas
este cantar nunca oído:
«Mira tu si serán penas
las que cobija este Asilo,
que aquí para ser feliz
estorba á todos el juicio».



Noche buena

Ya lo veis viejos del alma
ya lo veis, queridas prendas
también aquí celebramos
la noche de Nochebuena.
También reunidos en torno
de nuestra modesta mesa,
tristes, pues que estamos tristes,
pero limpios de conciencia,
honramos la tradición
dando á nuestros duelos tregua.
A cenar, pues, sin recelo
porque el pan de nuestra cena
ni está amasado con llanto,
ni odios ajenos despierta.
A cenar porque no hay miedo
que ahora llame á nuestra puerta
ni quien justicia demande
ni quien dañado se sienta.
Y si por gracia de Dios
llega y llama la indignancia,
que pase, que para el pobre
siempre hay pan en nuestra mesa.
La cena es pobre, muy pobre,
pero está buena, muy buena
y después, viejos del alma,
y luego querida prenda,

A orar por los que se fueron
á luchar por los que quedan
y á vivir, pues que es preciso,
por los que mañana vengan.
Esa es la vida, á vivir
que esta noche es noche buena.



De vuelta

He dejado en el triste Camposanto
á la humilde y constante servidora
que de mi vida en la lejana aurora
meció mi cuna y enjugó mi llanto.

Ella arrulló mis sueños con su canto,
nutrió mi ser, y sabia preceptora,
de niño me enseñó como se ora
y de hombre me evitó todo quebranto.
Murió juzgando su misión cumplida
y vengo de enterrar ¡pese á mi estrella!
aquel inmenso afecto de mi vida.
¡Contemplad con amor la fosa aquella;
allí he dejado una ilusión querida
y allí enterré mi juventud con ella!

En las bodas de oro de Sor Catalina

La blanca mariposa de tu toca
aleteando en un campo de tristeza
se posó del enfermo en la cabeza
y besó del expósito la boca.

Tu vida entera admiración provoca
que un ser que adora y que socorre y reza
es cual visión de celestial pureza
que el nimbo de las vírgenes evoca.
Déjame que te rinda mi homenaje
besando el sacrosanto Crucifijo
cristiana joya de tu humilde traje.
¡Con qué soberbia alhaja te has tocado
—Hermana universal, madre sin hijo—
tras medio siglo en la virtud pasado!

De regreso

A la deslumbrante fiesta
he llevado tu abanico,
avanzada de tus celos,
de mi firmeza testigo.

Con él de la fiesta vuelvo
y que él te cuente, bien mío,
las veces que en su vitela
se han posado mis suspiros.

Pregúntale sin rebozo
y al fin sabrás por sus dichos
todo lo que en nuestra ausencia
he pensado y he sufrido.

.....
Como solo por tí aliento,
como solo por tí vivo,
prisionero de tus gracias
y esclavo de tu albedrío,

nada en la fiesta simpar
llegó á mí claro y distinto;
todo lo aprecié al través
del varillage tupido.

Los rostros como esfumados,
las luces como sin brillo,
las notas de las orquestas
como unos ecos perdidos...;

—
todo confuso y lejano,
nada refulgente y vívido,
todo inarmónico y triste,
todo muerto... todo frío...



La pluma

En un estuche empolvado
guardo una pluma enmohecida,
la pluma con que he trazado
los versos en que he vaciado
cuanto he sentido en mi vida.

Triste y sola yace allí
y allí yacerá olvidada
de todos menos de mí.
¡Sola y triste, pero honrada!
¡Quiero siempre verla así!

Nada en sus puntos denota
ni cansancio ni vejez,
salió ilesa en mi derrota;
¡Primero la viera rota
que envilecida una vez!

.....
¡Confidente de mis penas!
pluma hidalga y bien nacida,
ya ni recordada apenas;
pluma que tomaste vida
con la sangre de mis venas...

Pluma vibrante y nerviosa
pluma dócil, pluma mía,

duerme en tu estuche, reposa...
¡Aún hay tiempo todavía
para que surjas briosa!

—
No son eternos los males;
ya callarán los lebreles;
aún hay huertos con rosales
y ribazos con laureles
y colmenas con panales.

.
Si hoy te condeno, inhumano,
tu silencio me contrista.
¡Mas quien te lleva á la mano
si, muerto Nerón artista,
te acecha Nerón tirano!



2 de Noviembre

¡Noche de Difuntos
doblan las campanas
pero sus clamores
no me dicen nada!
La tristeza es muda
para hablar al alma,
esas campanillas que en los Cementerios,
sobre fosas sin nombre olvidadas,
constante se agitan
y de pena se agotan y... callan.

.
¡Dobles de difuntos,
prolongad vuestras notas extrañas
porque sepan las gentes felices
que en el mundo hay suspiros y lágrimas!

.
¡Repiques alegres
de las fiestas de loca algazara;
suspended vuestros toques de gloria,
que esos son los que enlutan mi alma!

A Luis Iribarne

(En su beneficio)

Cual flor de eternal fragancia
conservo viva memoria,
desde nuestra loca infancia,
de aquella artistica estancia,
primer templo de tu gloria,

—
La clave... frente á la puerta;
libros . cuadros, al azar,
y sobre la clave abierta
el retrato de una muerta
que era otra artista simpar.

—
Entrañable camarada;
en esta hermosa velada
que tu victoria pregonar,
yo no puedo añadir nada
en honra de tu persona.

—
Porque aunque tu voz me encanta
y sé que plugo al Creador
conceder á tu garganta
acentos que el suiseñor
no modula cuando canta;

—
más que gozoso apenado,
hoy resurge en mí, la rancia

memoria de lo pasado.
La del retrato adorado
de aquella agradable estancia.

—
¡Sino ingrato, suerte feral
con tu noble ejecutoria
huérfano vas por doquiera...
¡Ah, si tu madre te oyera!
¡Que colmo para tu gloria!

3, Diciembre 1905, «Lohengrin».



Postal

¿No hablan nada á tus sentidos
esas cunas primorosas,
esos adorables nidos,
donde sueñan albas cosas
todos los niños dormidos?

Hay para tí cosa alguna
que te haga vibrar, cual esos
halagos de la fortuna?
¡Ver el fruto de dos besos
hecho carne en una cuna!

Una criatura dormida
en una cuna rosada.
es un hechizo en la vida.
¡Es una perla preciada
en una concha escondida!

Por eso canté yo un día
que de cuanto horrible existe
en esta vida sombría,
no he visto nada tan triste
como una cuna vacía.

Caricia de luna

Por entre los claros
de la fronda espesa,
vino un rayo de luna, tímido,
á posarse en tu cara morena.

.

Deja que la luna,
protectora de amantes escenas,
te acaricie con loca alegría
y te bese con ansias eternas.

.

En su luz blanquecina te arrulla,
en tus negras pupilas riela.

Lágrimas

Comprendo que en tu aflicción
no encuentres dique ni freno.
¿Donde hallarás compasión
si hasta Dios con ser tan bueno
ha desgarrado tu seno
para herir tu corazón?

¡Que misterios, Religión,
guardas para mí en tu seno!
¿Porqué Dios siendo tan bueno
nos destroza el corazón.

A mi madre

De tus garzos ojos,
soles de mi alma,
ha dicho la ciencia
su fatal y prostrera palabra,
que la luz de los cielos riente
al herir tu retina cansada
solo sombras esparce en tu torno
aunque nimbas aurenante tus canas.

A Almería

De sus valles floridos las dobles pomas.
De sus montes desnudos las pobres faldas
y sus casitas blancas como palomas
y sus campos verdosos como esmeraldas.

No son recuerdos vagos de mi memoria
no son de mi cariño palabras vanas;
no he escuchado en mi vida toque de gloria
como el toque vibrante de sus campanas.

Hoja de un album

Del de Constanza Grisolia

¡Que juvenil arranque junto á tí siento!
¡Que encanto me produces, niña adorada!
te juro por tus gracias, y yo no miento,
que me ciegan los rayos de tu mirada
y que estático escucho tu grato acento.

—
Todo en tí me seduce, Constanza, hermosa;
de tu busto de virgen la griega hechura;
de tu cara los tonos de nieve y rosa,
la simpar gentileza de tu cintura
y tu corte incopiable de reina y diosa.

—
Tu charla seductora, tu franca risa,
tus ojos cegadores y tus pestañas
y tu aliento aromado como esa brisa
que mece los penachos de nuestras cañas
cuando raya en Oriente luz indecisa.

—
Suspensa el alma admira, feliz diablejo,
de tu ser adorable los mil hechizos;
no juzgues que te adulo, voy para viejo;
podré dentro de poco besar tus rizos
sin sombra de pecado ni impuro dejo.

—
¡Adios niña adorada, flor de las flores,
orgullo de mis lares, querub del cielo,
mariposilla alegre de estos alcores
que alocada te agitas en rudo vuelo
en torno de la rosa de mis amores...!

Vencido!

En el fondo del vaso está el olvido,
pregona sin cesar tu musa fuerte,
mientras tu mano temblorosa, vierte
el vil ajenjo en el cristal bruñido.

¡Beber para olvidar! ¡Estás vencido!
¿Es que tu genio singular no advierte
que en el fondo del vaso está la muerte
cual aspid entre flores escondido?
¡Lejos de tí la copa tentadora
que tu cerebro de simpár artista
mimoso halaga y sin piedad devora!
¡Que un gran dolor tu corazón constrieta;
pues haz viril; que tu alma triunfadora
el fiero embate del dolor resista!

Hipócrita

Joven, bella, risueña y tentadora,
por todos alabada y bendecida
vas cruzando la senda de la vida
sin hallar una zarza punzadora.

Envuelta en esa túnica incolora
que el hipócrita ruin lleva ceñida,
derrochando bondad, siempre fingida,
prosigues tu carrera triunfadora.

Mi vida ví sembrada de inquietudes
al herir tu maldad, con golpe recio
mi corazón, á quien al fin acudes.
Que te siga alabando el mundo necio
Mientras todos ensalzan tus virtudes,
yo con el alma entera te desprecio.

De Arte

A Joaquín Acosta

La bondad del Señor que á tanto llega,
dió á los pintores de mis patrios lares
la luz de un sol de vivos luminares
que aún tiempo mismo nos suspende y ciega.
Nada mi patria á sns artistas niega;
dánles sombras los montes seculares,
sus azules purísimos los mares
y sus verdes sin par la fertil vega.
Soberana del iris y las flores
dá cuanto tiene en sí, luz y colores
sus gracias vivas y sus ruinas muertas.,
Tu dirigiendo docto sus pinceles,
has dicho lo demás; hijo de Apeles.
¡Yá son las glorias de mi patria ciertas!

Plácemes

Una vez más, madre mía
en la grata compañía
de nuestros viejos amores,
vamos pasando tu día
entre besos y entre flores.

Y hoy yo por la vez primera
gozo con el alma entera,
al festejarte, en unión
de la dulce compañera
que eligió mi corazón.

Juzgo mis goces colmados
viendo á mis seres amados
prodigarme sin recelos
mimos, caricias, cuidados
y agasajos y consuelos.

A la cima

Unas veces aprisa, muy aprisa,
otras veces despacio, muy despacio,
dejando en los linderos de las sendas
de punzantes abrojos irizados
unas veces la carne hecha girones,
otras veces el alma hecha pedazos.
Pero al fin ascendí;
con arrestos de incensiente
y equilibrios de funámbulo
torturado como un Cristo
ó riente y picaresco como un Sátiro
siempre solo, siempre solo;
pero andando, siempre andando
de la Sierra de mi vida
la alta cumbre ¡triste páramo!

Amor tardío

Mal obras, bella ingrata haciendo alarde
de esa pasión que á enloquecerte empieza
el mundo ha conocido tu flaqueza
para evitar su fallo es ya muy tarde.
En cuanto á mí, mujer, que nunca aguarde
á envolverme en sus lazos tu destreza
ni á tí jamás iré—fuera bajeza—;
ni te admiliera ya, fuera cobardo,
Haz gala de traidora y de insensible:
pero conoce la sentencia hermosa
que por tu mal, certero é inflexible
de un libro sabio mi rencor desglosa;
livianidad recatada es reprehensible
livianidad que se exhibe es asquerosa.

Por piedad

¡No puedo más mujer! Inútilmente
mis locas ansias sin cesar acallo,
¡No puedo más, mi bien! porque si callo
¡ay! de mi pobre corazón ardiente.
La fiebre de mi sangre y de mi mente,
te hablará de este amor conque batallo.¡
Tu conoces muy bien que ya no hallo
dique ni freno á mi pasión creciente.
Por tu voz, por tu gusto ó tu mirada
iré al infierno ó subiré á los Cielos.
¡Quiereme por piedad, ingrata amada!
Vé que tengo en mi ser sangre de Otelos
y que llevo en el alma ya enroscada
la serpiente insaciable de los celos.

En la muerte de un niño

Madre mía, madre mía,
tengo una pena muy grande
he visto un hijo morir
en los brazos de su madre.

Como el hijo la miraba
con la piel ansia infinita,
ella se calmó su duelo
lo miraba y se reía.

Y en una extraña manera
el niño quedó muerto,
él se quedaba mirándola...
y ella se reía, riendo ...

VICO

¡Tierra infame, tierra ingrata,
e mortífero sol
que en tus aguas se retrata,
no perdona, siempre mata
lo que es grande y español!

¡Barco; apresta bien tu quilla,
gana la española orilla
con tu depósito rico;
es chica esa Gran Antilla
para sepulcro de un Vico!

Irás de la negra suerte
traicionaron nuestro anhelo,
y allá queda el cuerpo inerte
triste, solo y sin consuelo
En el seno de la muerte.

¡Triste y solo! ¡Sino impío!
Ley de tu vida fatal
No hallar un albergue frío...
¡Aún muerto sentirás frío
bajo aquel sol tropical!

Resistencia

Yo sensual, tu enamorada
y nerviosa, tal cual eres,
de un sorbo, apenas tocada;
dejamos pronto apurada
la copa de los placeres.

En nuestra insana locura
llegamos hasta el exceso,
y hoy hollada tu hermosura,
te pido un beso y te apura
que yo te pida ese beso.

No sientas vanos agravios
al ver que con nuevos bríos
emprendo antiguos resabios.
Deja que bese esos labios
que al fin y al cabo son míos.

En resistir haces mal,
juzga tu por cuenta propia
si tu conducta es cabal.
Me diste el original
y hoy me niegas una copia.

Triunfante

De la calumnia la rugiente ola
quiso envolverme entre sus dudas fieras,
mas llegó junto á mí y avasallada
deshecha en polvo se esparció en la arena.
Después, la envidia impenetrable y muda
volvió hacia mí sus aceradas flechas,
mas sus dardos agudos se embotaron
en el peto tenaz de mi nobleza.
Ladróme el odio; pero al verme osado
marchar á él en actitud serena,
trocando su ladrido en agasajo,
besó, cobarde, de mis pies las huellas.

.....
Desde entonces altivo y confiado
cruzo del mundo la ignorada senda,
y ni la envidia ruín, ni el odio insano,
ni la calumnia cénica me inquietan.



Estasis

(Fragmento)

Llegó la noche; esplendorosa luna
por el cénit tranquila campeaba,
y con sus haces de argentados rayos,
tierra, cielos y seres alumbraba,

Ni el más ligero viento conmovía
las verdes hojas de las frescas plantas,
ni se escuchaba el ruido que las olas
forman, á veces, al besar las playas.

Las aves con sigilo, temerosas,
formaban nido en las leñosas ramas
y cínifes, luciérnagas y grillos
se ocultaban fugaces tras la grama.

Lamiendo peñas y arrullando flores
cristalino arroyuelo murmuraba,
dichoso al ver sus bordes guarnecidos
de frescas rosas y rizadas malvas.

Retazos

Por los tristes senderos de la vida
sin pena ni placer, marchó impasible,
sin fé en el alma, la ilusión perdida
aprendió al fin mi juventud rendida
que es inútil luchar con lo imposible.

No me importa ese desvío
conque maltratarme quieres,
porque conozco, bien mío,
que siempre se finge hastío
si se codician placeres.

No finjas iras, sonrojos
desden, ni vanos agravios,
no mientas fieros enojos:
vé que me dicen tus ojos
lo que me ocultan tus labios.



Mi plegaria

A tu Virgen del Rio
Patrona excelsa
le he pedido esta noche
dichas inmensas.
Oye, bien mio
lo que pedí á la santa
Virgen del Rio.

Postrado de rodillas
ante aquel Trono
donde la fé colgara
dijes de oro,
presentes varios,
primorosas guirnaldas
y relicarios.
Artísticos objetos
de plata y cera
exvotos de la pobre
materia enferma.
Vistasas flores
y deslumbrantes luces
multicolores.
Con la fé del creyente
rezó mi alma
la oración de mis penas
y de mis ansias.
Oración triste
que aún antes que la Virgen
tu conociste.

Oración que en mi loca
y errante vida
he de rezar ferviente

todos los días.
Oye, bien mio,
lo que pedí á la santa
Virgen del Rio.

—
¡Concepción de Salcillo,
Patrona excelsa,
con tu manto corúleo
lleno de estrellas,
cubre señora,
las alegres orillas
del Almanzora!



A una pecadora

I

Envuelta en negra mantilla
y orando con fé sencilla,
te ví un día arrodillada
ante la imagen sagrada
que se venera en la villa.

Tus ojos grandes, rasgados,
de hermosas perlas cuajados
hácia la imagen volvías
y tus labios sonrosados
ligeramente entreabrias.

Tu plegaria fervorosa
sin duda, niña amorosa,
la imagen la recojía.
Yó al verte rezar, decía
«es tan buena, como hermosa.»

II

Hoy con dolor suelo verte
debil, exánime, inerte,
entre una y otra mujer
de esas que al vender placer
compran sin saber, la muerte.

Hoy, niña, tus ojos bellos
no son los ojos aquellos
que á todos dieran enojos,
¡que ya perdieron tus ojos
sus purísimos destellos!

Hoy, bajo el peso agobiados
de vicios desenfrenados

se cierran desfallecidos
y ojos ayer tan queridos
son de todos despreciados.

III

Mañana, en un hospital
presa de angustia mortal
hallará fin tu locura:
¡que poco á poco irá el mal
cavando tu sepultura!

Alrededor de tu lecho
no ballarás hijos, ni esposo:
¡Nadie que en llanto deshecho
al besarte, cariñoso
te oprima contra su pechol

IV

Morirás y ni una flor
llena de aroma y color
ornará tu tumba helada
¡Que nunca será regada
con el llanto del dolor!



Claridades

Gozo yo una atrocidad
estos meses estivales
en que no existe Ciudad
sin unos Juegos Florales.

No ha nacido quien me venza
desde que es moda en España
el festival de Provenza:
tengo para ello gran maña
y me paso en desvergüenza.

Hago estas declaraciones
por que una vez en Terreros,
gané los premios primeros
con unas composiciones
de Bretón de los Herreros.

¡Qué instinto el de aquel Jurado!
¡declaró grave y pausado,
que aquel verso por su traza,
era como ni pintado
para ser de Vital Azal

Cierto que en el Escorial
un jurado de gran vista
desechó por infernal
una gran oda de Lista,
que es música celestial.

Mi verbo no es numeroso;
mi talento es bien escaso;
pero yó nunca hago el oso.
¡Con que hay veces que me paso
de inspirado y de donoso!

Un premio lo conseguí
llamando al mundo «Topacio»
que en mi sortija prendí,
y otro llamando «Rio lacio»
al propio Misisipi.

Mis versos son muy cabales
tienen aire tienen brillo;
jamás son originales;
pero son como un castillo
el fuegos artificiales.

Manejo á mil maravillas
desde el gran alejandrino
hasta las tersas quintillas
y desde el madrigal fino
á las pobres redondillas.

Tengo para cada cosa
la composición precisa.
La elegía lacrimosa
ó la humorada graciosa
que nos descalza de risa.

Según la localidad
tengo un tríptico verdad
para estas famosas lides
que son: Amor, Patria y Fides
Fé, Esperanza y Caridad.

En mi pericia confío
y siempre tengo á la mano
para que el premio sea mio,
un canto al mar, otro al rio,
otro al monte y otro al llano.

Y así sea del litoral
ó se asiente tierra dentro
pueblo con fiesta floral,
en todas partes me encuentro
y nunca me viene mal.

—
Lector, para entre los dos;
mi literario bagaje
siempre de algún premio en pos
anda de eterno viage
por esos mundos de Dios.

—
Canto en Murcia, la morera;
en la Mancha el Azafrán,
la plata en Sierra Almagrera,
en Toledo el mazapán
y la mujer donde quiera.

—
Para Granada Orientales;
Burgos leyendas medrosas
de los tiempos medioevales
y para Sevilla cosas
de clavales y rosales.

—
Donde nunca hiqué la uña
por mi bien ó por mi mal,
fué en la arisca Cataluña,
en esa forzada cuña
de la unidad nacional.

—
Y eso que con mi intención
y henchido de inspiración
canté en versos eternals
«Municipalización
de los servicios locales»

Tema de oportunidad
que aunque tiene algunos baches
lo domino en realidad
¡Ya me dió tres cachivaches
para el Monte de Piedad!

Palabra de honor, no miento:
custodiarlos es mi intento;
pero hago mal polizonte.
Como la cabra del cuento
mis joyas tiran al Monte.

Solo cual pelo de un lobo
guardo un ánfora de un asa
conquistada en Algarrobo;
es para el lomo en adobo
que se consume en la casa.

La gran experiencia mía
nunca epta y así no peca,
al premio de cortesía;
¡una flor! ¡qué tontería!
¡Una flor que al fin se seca!

Con flores nada decoro,
para mí son despreciables
pues no aumentan mi tesoro:
yo quiero objetos de oro,
cosas en fin cotizables.

¡Nada de trapo y papel
y fuera el bronce pesado!
¡Guerra á lo sobredorado!
¡Y sobre todo el laurel
que lo echon al estofado.

«Oro puro y precio fijo;»
copiemos de los ingleses,
ó á su enseña me cobijo;
yo, sí con algo transijo.
es con la plata meneses.

—
¿Pero es que vá á ser eterno
este sistema inhumano,
de que al genio soberano
no se premie con un terno
aunque fuera de Verano?

—
¿No hay yá billetes de cien?
¿Pues de quien nace, de quien,
no desearlos sí los hay?
¡Vengan los de Echegaray
y vereis escribir bien!

—
Y yo no es que salga mal,
por que con gran picardía,
aún siendo al Trono leal,
dirijo mi puntería
á la familia real!

—
Cualquier premio suyo encanta
dena mucho y dá con creces
y esto el ánimo levanta;
yo casi todas las veces
voy tras de lo de la Infanta.

Tempestad

Qué lúgubre aspecto
Presenta la vega
si estalla en las nubes
feroz la tormenta
¡como el ábrego humilla indomable
la esbelta palmera!

El árbol frondoso
que tanto luciera,
contempla abalido
sus ramas en tierra.
¡Solo espera que el viento lo tronche
y el rayo lo hiera!

¡Qué triste, qué horribles
contrastes se observan
en estas batallas
de la noche eterna!
en que el agua á la planta dá vida
y el rayo la seca.

¡Qué noche tan larga!
¡Qué noche tan negra!
El viento que silba
y el trueno que rueda
y la llama que brilla un momento
no más, y nos ciega.

Y el río que ruga
chocando en las piedras
y el bosque que exhala
suspiros y quejas
arrancados al árbol que mira

sus hojas dispersas.

—
¡Qué miedo, qué frío;
¡qué angustia y qué pena!
¡qué noche tan larga!
¡tan larga y tan negra!

—
¡Qué noche tan triste!
Las campanas que allá lejos suenan,
al lanzar al espacio sus notas
parece que tiemblan.

—
El mar encrespado
no lame la arena,
furioso en la playa
con ira se estrella.
¡Cuantos linos arroja la orilla,
despojos del barco de vela!

—
¡Qué pena: recemos
por el que navega
y seres amados
en la playa dejal
¡Cómo esperan la vuelta del padre
los hijos y... rezan!

—
Qué miedo, qué frío
qué angustia y qué pena;
qué noche tan larga,
tan larga y tan negra.

EPILOGO

A manera de Epilogo

Si un epílogo fuera un juicio crítico de la obra que le precede, esto no es un epílogo. Son muchas las causas que me restan autoridad para juzgar las obras del inolvidable Paco Aquino. Los aplausos que rindiera al encanto de sus versos, ó á la castiza limpieza de su prosa, parecerían inspirados por el afecto ó por el agudo sentimiento de misericordia que suele pagar tributo á la memoria de los que dejaron de ser.

Estos renglones no son sinó un homenaje y una oración. Cada cual reza á su modo. Tuve el placer y el honor de prologar el libro «Sensaciones», primera producción del entrañable amigo. Tengo el dolor de poner fin, con unas cuantas notas, á la obra póstuma de aquel tierno poeta. En vida nos abrazamos muchas veces el y yo, unas al influjo de una grande alegría, otras al golpe de la

desventura. Aquél prólogo y este epílogo simbolizan uno de tantos abrazos fraternales. Toda la obra artística, ingénuo y espiritual del escritor, vá á quedar encerrada entre dos sinceras manifestaciones de mi culto amistoso. También es esta una especial manera de abrazar al poeta y al amigo, á quien tan de veras se amó y se sigue amando.

Paco Aquino era un creyente, sincero y candoroso. Tan candoroso era en cuestiones de fé, que creía en la Virgen del Carmen, y en todos los amigos que con él comulgaran en los dogmas del arte, aunque no creyeran en «su virgen». Siendo un viejo cristiano, por tradición familiar y por educación, poseía el noble sentido de la tolerancia. Su poesía era por esto serena, amorosa y plácida. Rara vez se vé en él al luchador. En sus versos y en su prosa brotan las inspiraciones de un alma templada para todos los amores. De Paco Aquino se puede decir que amó tanto sus ideales, que no le quedó tiempo para odiar.

Evocando su memoria y mirándome en el espejo de su alma, veo que en su compañía se deslizó lo mejor de mi vida, la juventud, toda entera entregada al amor de las letras y á la admiración de cuanto nos parecía grande. Pensar en él va siendo ya, para los que le tratamos, la vuelta á un oasis, dejado á la espalda del camino. Los muertos pagan con estas consoladoras evocaciones, que motivan, el afecto que rendimos á su memoria.

No nos parece la muerte, así considerada, una absoluta negación; sobre todo la muerte de los que sobreviven en sus obras. Paco Aquino sobrevive en este libro. Como siempre, nos habla en él de sus amores, de su fé, de todas las predilecciones de su espíritu. Lo triste, lo desgarrador, es que el poeta, con todos esos cantos, que no ha mucho dormían en el silencio, nos grita que aun quería vivir y vivir mucho. ¡Para él, la lucha sor-da del día coquetonamentè oculta, como en arca cerrada, en el recinto de su mentel.

¡Para los demás, los más luminosos efluvios de su espíritu de artista, abierto sobre el horizonte de una eterna primavera!

La muerte le sorprendió cuando se disponía á grandes cosas. Al llevarse su vida, llevo-se con ella el germen de primorosos libros, prendidos yá en el telar de su mente, La cruel segadora, sego muchas flores en aquél infausto día, en que se apagó para siempre la luz de sus ojos. No logró, empero, apagar esta dulce sonrisa de su último libro, ofrendado á los suyos desde la sombra, como quien quisiera dar á entender que sigue amando aun después de la vida.

JOSE JESUS GARCIA.



INDICE

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.	VII.
La Urbo.	3
Tristitia rerum	9
Nidos y aves.	11
La lluvia.	15
Puesta del Sol.	19
Recuerdo de amistad,	27
La Jornada del Arrabal.	33
En la Cumbre.	39
Granada.	41
La primera oración.	46
Patria.	49
Fé.	50
Amor.	51
Apuntes al carbón.	53
El mejor himno.	63
Mi canción.	65
Amorosa.	67
La Casa triste.	69
Otoñal.	73
El Alma de Alarcón.	77
Luz y sombra.	79
Aquí fué.	79
Rimas.	81
Los locos.	83
Noche buena.	85

INDICE

	Páginas.
De vuelta.	87
En las bodas de oro de Sor Catalina.	87
Do regreso.	89
La pluma.	91
2 de Noviembre.	93
A Luis Iribarne	95
Postal.	97
Caricias de luna.	99
Lágrimas.	99
A mi madre.	101
A Almería.	101
Hoja de Album.	103
Vencido.	105
Hipócrita.	105
De Arte.	107
Plácemes.	107
A la cima.	109
Amor tardío	109
Por piedad.	111
En la muerte de un niño.	111
Vico.	113
Resistencia	115
Triunfante.	117
Extasis.	119
Retrazos.	121
Mi plegaria.	123
A una pecadora.	125
Claridades.	127
Tempestad.	133
Epílogo.	137



OBRAS DEL AUTOR.

	<u>Ptas.</u>
FLORES DE LA ALCAZABA.	1
SENSACIONES.	2
AL VUELO.	3

